

## De los anillos del infierno al paraíso

**Por Karen Natalia Pérez Guzmán**

Son las siete de la noche y aún voy en este Transmilenio, embutida como en una lata de atún. Se abren las puertas de la estación Museo del Oro y el bus nos escupe a los que estamos más cercanos a la entrada, todo el mundo se reacomoda. Veo Citytv, la Plazoleta del Rosario y el caos imperante en el centro de esta ciudad, un martes a esa hora en que la gente está cogiendo el transporte para regresar a su casa después de un día de trabajo. Camino con rapidez porque ya se acerca la hora de la función de ópera y no puedo llegar tarde. Tomo la carrera quinta, subo por la calle diez y una formación de policías erguidos me recibe en frente del Teatro de Cristóbal Colón. Para mi sorpresa todos ellos van a ver al igual que yo, *Don Pasquale*, la ópera del compositor italiano Gaetano Donizetti.

Mujeres encopetadas, con abrigos y maquilladas, hombres con gabanes, “bien vestidos”, todos hablando en el corredor oloroso a perfumes por unos productos de belleza que están promocionando. Tres anuncios y el espectáculo va a comenzar. Cada persona se acomoda en el puesto que le es asignado según la boleta que haya comprado, o que le han regalado, como en el caso de los policías y el mío.

Un recinto de estructura redonda, cuatro pisos de balcones, sillas tapizadas en terciopelo rojo, lámparas grandes al estilo Bacarat, el techo con pinturas clásicas: el ambiente perfecto para saborear una buena ópera. Violines, violas, chellos, contrabajos, oboes, clarinetes, flautas traversas, cornos, todos los instrumentos de la orquesta suenan infernalmente desordenados, todos a la vez, como último momento de repaso, a lo que se añaden las conversaciones y risas del público asistente. Y luego, repentinamente, contrasta el silencio absoluto con el ruido de antes de la función.

Una voz femenina que se escucha por los parlantes da la bienvenida al público al Teatro Colón de Bogotá, informa que esa noche presentarán *Don Pasquale* y dice con un claro

entusiasmo que es un día muy especial, porque el bajo Valeriano Lanchas canta su función número 100. Todos los asistentes aplauden, sobre todo porque se escuchó el nombre de este famoso músico colombiano, el único cantante colombiano que compartió escenario con Pavarotti. Y como lo *in* y lo *out* es lo que más se tiene en cuenta en este mundo, ya pasó de moda Martha Senn, quien cantó en La Scala de Milán y ahora le llegó el turno a Valeriano.

### **Comienza la función**

*Fila 15, silla 18, luneta. Al asiento le falta un poco de aceite y me cuesta trabajo poder abrirlo para ponerme cómoda. Me siento, mientras escucho la obertura y espero ansiosa la entrada de él al estudio del tío solterón que le está buscando esposa. Por fin aparece Ernesto, un joven de estatura baja y contextura un poco gruesa. Está vestido con una pijama azul de seda y lleva un periódico entre sus manos. Don Pasquale, su tío, comienza a hablarle, le recuerda el ofrecimiento que le había hecho hace un par de meses, la mano de una doncella rica, bella y noble. Ernesto, atento a lo que dice su tío, se sienta en una silla ubicada al lado izquierdo del escenario y como si tuviera un pincel adherido a su voz, inicia a colorear el espacio con amarillos, naranjas y dorados.*

Se toma el tiempo necesario para que cada paso que da sea preciso y marcado. Los ojos los tiene muy abiertos, atentos a todo lo que sucede a su alrededor, la cabeza la lleva siempre en alto, resaltando su cabellera crespa, como si nunca estuviera fuera del escenario teatral, y sus pequeños labios asoman una sonrisa permanente. Lleva puesto un *blue jean*, zapatos de cuero negros y un abrigo gris de paño. “Eres cumplida”, me dice Alejandro Escobar, pues llegué a la hora exacta que habíamos acordado. Entramos a un *Oma* del Centro Internacional de Bogotá, nos sentamos frente a frente, él pidió un café y yo un jugo de naranja. “Yo canto desde chiquito, la primera vez que lo hice en público, fue a los 9 años en un concurso turístico en la Costa. En esa época cantaba música colombiana y me gustaba imitar a un familiar que tenía una voz muy bonita”, recuerda

Mi jugo se reposa y el café de Alejandro se sigue enfriando, pero a ninguno de los dos nos importa, él habla entusiasmado y yo sigo escuchando atenta su historia. “Después me enfoqué en la música llanera y para mí no existía otro género en el mundo que no fuera ese”, me dice en medio de ese ruido del centro al que terminan por acostumbrarse nuestros oídos.

Mientras charlamos, no puedo dejar de pensar en que quien ahora está sereno frente a mí, es el mismo artista que vi solo unos días antes en escena, elegantísimo y dando la mejor muestra de su talento.

*El eterno dilema del amor y el dinero, de la juventud y la utopía. Ernesto se cobija con su propia tristeza, no puede amar a otra mujer que no sea Norina, y es precisamente a ella a quien Don Pasquale, su tío, no acepta por ser pobre. Por esto, el sobrino se tiene que ir de la casa, dejando atrás las riquezas de su tío y el amor de Norina.*

#### **Amor a primera vista: “Yo quiero cantar”**

Alejandro empezó a estudiar ingeniería de producción agroindustrial cuando tenía veinte años. Al cabo de dos semestres se dio cuenta de que lo suyo era otra cosa: él solo quería cantar. “Ahí fue cuando decidí hacerlo profesionalmente. Ingresé a la Universidad Javeriana, primero haciendo un programa de nivelación y luego entré a la carrera, duré cuatro años estudiando, pero no la terminé acá debido a un episodio que para mí, ahora, es satisfactorio”

“Una amiga de la carrera me regaló unas boletas para ir a ópera, cuando tenía veintiún años. Yo nunca había ido, y ella me dijo que si yo estaba estudiando canto, tenía que mirar hasta donde podía llegar. Fui a la función y eso fue amor a primera vista”, declara Alejandro. *La Traviata* fue la primera ópera que disfrutó Alejandro, aunque desde *gallinero*, los puestos que quedan en el último piso del Colón, solo se alcanzan a ver las cabezas de los artistas en el escenario y los asientos son escaleras en madera.

*Mientras tanto, Don Pasquale hace planes para casarse con Sofronia, la supuesta sobrina del doctor Malatesta, su amigo. El viejo aún no sabe que ella es la misma Norina y que todo es un complot para que finalmente su sobrino y ella estén juntos. Ernesto sin saber nada, alista sus maletas, se despide de la servidumbre y se va con la melancolía atada a su corazón. Malatesta y Norina se reúnen y comienzan a poner en pie todo el plan.*

Finaliza el primer acto y una voz anuncia por los parlantes que hay un tiempo de receso. Casi todos salimos, unos van al baño, otros comen algo, todos hablan y algunas mujeres hacemos fila para apuntarnos a una rifa de dos anchetas de productos de belleza. Anuncian las dos ganadoras, no quedé entre ellas. Tercer y último timbre, el segundo acto va a comenzar.

Desde esa primera vez en que vio a los cantantes de la Traviata en escena, supo que eso era lo que él quería y se puso como objetivo para la próxima temporada estar cantando en el Teatro. “Al año siguiente hicieron audiciones para entrar al Coro de la Ópera de Colombia, yo la presenté y en 1995 ya hacía parte de él y para 1996 me dieron dos papelitos pequeños”.

Algún tiempo después, Fernando de la Mora, el tenor principal de *La Bohème*, la ópera del italiano Giacomo Puccini, tuvo que ausentarse por unas semanas de los ensayos, porque iba a viajar a México para dar un concierto. Entonces, el maestro Enrique Patrón, le propuso a Alejandro marcar, esto significa en el argot del medio cantar en los ensayos el papel del artista ausente, que en este caso era el de Rodolfo.

“Fueron 24 horas al día de Rodolfo, durante 15 días, hasta que lo aprendí y marqué todos los ensayos, pero durante esos días nunca fui a las clases de la universidad, porque cantar Rodolfo era mi objetivo principal. Claro, eso me dio problemas, pues al terminar el año, no solo perdí el semestre, sino que además me expulsaron de la universidad”.

*Norina y Malatesta se encuentran con Don Pasquale. Ella hace muy bien el papel de Sofronia y de forma audaz logran engañar al viejo adinerado. La supuesta hermana del*

*doctor Malatesta se muestra como una mujer cándida y transparente recién salida del convento. Sofronia tiene el rostro cubierto con un velo; pero, en cuanto se descubre la cara, Pasquale queda flechado por cupido, y pide inmediatamente la mano de la joven. Ella, feliz porque su plan está dando resultado acepta y el viejo propone buscar rápidamente al notario para llevar a cabo el matrimonio.*

### **Donde se respira ópera, se corre el riesgo de llegar al paraíso**

La meca del canto era la bota itálica en 1997. Alejandro y su esposa Catalina llegaron a Milán aconsejados por el maestro Luis Girón. Allá tenían dos contactos: Johanna Canneti, una maestra muy famosa que trabajaba en el Conservatorio Giuseppe Verdi, y Cecilia Nuñez, una venezolana que desde niña vivió en Italia e hizo una carrera sobresaliente en la misma época de la soprano María Callas, y fue con ella con quien comenzó a estudiar en Italia. “Recibí solo tres meses de clases privadas con Johanna, porque era imposible pagarla. Después cuando entré al Conservatorio, estudié de nuevo con ella, pero se me sumió la voz, prácticamente se me estancó, y aunque ella era la persona más famosa de Italia para enseñar, a mí no me sirvió”, recuerda Alejandro. Entonces, se quedó con Cecilia, quien le ayudó a avanzar mucho con su voz.

*El doctor Malatesta ya tiene listo a un falso notario para llevar a cabo el matrimonio, que no solo los “unirá”, sino que además pondrá a disposición de Sofronia, la misma Norina a la que ama Ernesto, todos los bienes de Don Pasquale. Lo único que hace falta es un testigo, y de forma oportuna e inocente entra en ese momento Ernesto, quien ignora absolutamente todo lo que está sucediendo.*

“El primer concurso que gané fue en el años 2000, en el del teatro Reggio de Torino, para convertirme en corista de tabla. Es un concurso muy duro, hay que presentar muchos exámenes para poder pasar, durante una semana completa de trabajo. Cuando yo lo gané éramos 140 tenores de todo el mundo compitiendo y había solamente cuatro puestos, y yo quedé de segundo”.

Paralelamente, Alejandro comenzó a buscar otras oportunidades y a ganar otros concursos en Cesena, Tokio y en otros teatros pequeños de toda Italia.

“En Italia existe algo a lo que yo le llamo los *Anillos del Infierno*; es decir, los teatros grandes son el paraíso; pero antes, uno tiene que recorrerlos todos para llegar a los tan anhelados teatros grandes, que podrían equipararse al paraíso”. Existe un recorrido obligado, todo va en ascenso. En principio vienen los teatros pequeños, las producciones fantasmas en que las funciones se hacen sin ensayos, son como los anillos del infierno por los que pasa un artista, después, con el pasar del tiempo, llegan las oportunidades a gran escala.

*Solo hace falta un testigo para culminar el matrimonio y cuando Ernesto ve a Norina, queda sin palabras y su corazón se paraliza. El doctor Malatesta le ordena de forma disimulada que siga el juego, pues la farsa tendrá un buen fin. El notario declara a Don Pasquale y a Sofronia, marido y mujer.*

El anillo del infierno por el que transitó Alejandro puede compararse y equipararse con el que está atravesando el personaje al que interpretó la noche en que lo vi derrochando su talento en el paraíso del Colón. Aunque Alejandro y Ernesto sufren por distintas causas; tal vez, el hecho de que el artista comprenda al personaje le da más fuerza a su interpretación.

Alejandro lleva siete años estudiando el papel de *Ernesto*, uno de los papeles más difíciles de tenor que existe. “Lo estudié por primera vez en el 2001 cuando gané el concurso en Cesena; luego, en el 2003, lo canté como en tres o cuatro teatros para una producción que hacía giras; algún tiempo después, lo dirigí y este año lo retomé. Durante este tiempo mi proceso de evolución vocal ha sido grande. Tengo 35 años y la voz del tenor entre los 30 y los 35 tiene un avance impresionante”.

En abril hizo un *Master class* con este papel, llegó a Bogotá y la altura lo afectó “porque —según explica— es un papel muy extremo en el cual depende todo siempre de un

apoyo perfecto. Si se te suelta una de las notas, hasta ahí llegó Ernesto esa noche”. Tuvo que cambiar respiraciones y volverlo a organizar desde el punto de vista técnico.

Sin embargo, el drama no se encuentra en la técnica, sino en los sentimientos del personaje al que encarna Alejandro, pues Ernesto es un joven romántico que sufre muchísimo, pues tiene sobre sí toda la carga sentimental, a pesar de que se desenvuelve en una obra cómica, en la que el resto de sus miembros solo urden sus planes, mientras que él es el único de la ópera que está realmente enamorado.

*Sofronia es también la dueña de casa, y saca a flote su otra cara. Ya no es la hermanita dulce y beata del doctor Malatesta, es la esposa de Don Pasquale, al que detesta y trata con desprecio. Sofronia, la misma Norina, ordena cambiar a todos los criados y también renovar la decoración entera de la casa.*

### **Entre el artista y el ser humano, entre Ernesto y Alejandro**

El ir y venir de los ensayos, de los viajes, el agotamiento físico, a veces la nostalgia y la soledad también golpean la puerta. Alejandro gasta mucha energía, estar en funciones es rendir al ciento por ciento a nivel mental y corporal. La ausencia también está presente, pero a pesar de ello, siempre está en contacto con sus tres princesas, su esposa Catalina y sus dos hijas Manuela y Valentina, ellas lo esperan, como siempre, en la casa de Torino, Italia.

“Afortunadamente ahora existe Internet, y con él, de cierta forma, estás en casa. Yo apenas llego al hotel, lo primero que hago es conectarme, mantengo el computador prendido y sé que cada tres segundos puedo comunicarme con mi esposa y con las niñas. Eso te crea una cierta tranquilidad, porque cuando no tienes acceso a una comunicación directa, da un poco de angustia”.

*Comienza el tercer acto, los criados alborotan la casa, todo cambia de lugar, y Don Pasquale atónito no sabe qué hacer. A diferencia e él, Norina se dispone a coger*

*camino para ir al teatro, a pesar de las súplicas de su esposo de no salir sola de la casa, ya que es una mujer casada. Pero ella detesta al viejo ricachón, lo trata mal, lo bofetea, lo ultraja todo el tiempo.*

En los días de función, Alejandro prefiere permanecer gran parte de su tiempo en el teatro. “Me gusta llegar un tiempo antes, porque prefiero saber que ya estoy allí. Si tengo función a las 8, tengo que estar a las 5 en el teatro, así no haga mayor cosa, pero ya estoy ahí para interiorizar, calentar, vestirme y maquillarme con calma”.

Observo al hombre que habla con voz tranquila, está allí sentado frente a mi, tomando un café. Lo imagino de nuevo en ese teatro redondo, en el cual su voz viajaba en círculo. Lo veo otra vez encarnando al joven enamorado y poético de la ópera, lo recuerdo de nuevo dibujando el aire con su voz de tenor.

*A pesar de todo, ella se va y a su salida deja caer un papel, que luego Don Pasquale recoge, es una nota que anuncia su encuentro con otro hombre, Ernesto. El viejo llama a su cuñado, le cuenta el sufrimiento y los dos deciden atrapar a Sofronia y a su amante detrás del jardín, que es el punto de encuentro que está escrito en la nota.*

Alejandro se mira en el espejo del camerino, ahora es Ernesto y ya está a punto de salir al escenario. Las manos le sudan y las siente frías, es un miedo que al pisar las tablas se convierte en energía, es ansiedad, son deseos de salir al escenario y cantar.

“El diálogo con el público es una cosa que uno siente en el momento mismo en que entra al escenario, ni siquiera en el momento en que termina de cantar la primera parte. Hay públicos que desde el comienzo, te hacen sentir una energía receptiva, un intercambio de sensaciones. A veces encuentras otros que son muy difíciles y le toca a uno trabajar el doble”.

*En el encuentro de Ernesto y Norina, solo se oyen palabras de amor. Sin embargo, todo se interrumpe con la llegada de Don Pasquale y el Doctor Malatesta. El viejo se da cuenta de que hubiera preferido mil veces dejar casar a Ernesto con su amada y haber*

*tenido que sufrir las penas de su actual matrimonio. De esta manera, se quitan las máscaras, Sofronia es Norina, el notario fue falso, no existe matrimonio y Don Pasquale acepta la unión de su sobrino con la mujer que ama y además les desea felicidades.*

El fondo del posillo se alcanza a ver blanco, ya no hay café y el jugo ya no está en el vaso. Alejandro y yo nos ponemos de pie y salimos de *Oma*, nos despedimos, dándonos un abrazo. El se dirige hacia el MAMBO (Museo de Arte Moderno de Bogotá) y yo hacia la séptima para coger un bus.

Las puertas del Teatro se abren, son aproximadamente las diez de la noche. La calle diez vuelve a tomar vida cuando la gente sale del Colón. Mis amigos y yo esperamos a que salgan los cantantes para felicitarlos. También hay mas gente esperando lo mismo que nosotros, entre ellos está la mamá y el hermano de Alejandro. Salen los de la orquesta, salen los del coro, salen los solistas, sale Alejandro, casi todos con el maquillaje a medio quitar. Cada uno dispuesto a caminar unos pasos para llegar al Hotel de la ópera y descansar.

*El telón rojo se cierra y al instante se vuelve abrir, deja al descubierto a todo el coro, que está organizado en la parte de atrás del escenario y a los solistas delante. Pasan a dar la venia uno por uno, Norina, el Doctor Malatesta, Don Pasquale, el Notario y Ernesto. Todos los del público aplaudimos y nos ponemos de pie. El telón se vuelve a cerrar y así termina una noche de ópera.*

Antes de dormir, Alejandro repasa todos los reinos de ultratumba por los que ha pasado: los anillos del infierno. Ahora, está pisando el paraíso y desde allí contempla con alegría la belleza del esfuerzo y la constancia. En las tablas del cielo respira, en las tablas del cielo puede incluso morir mientras canta.